



# El chico de las bobinas **Pere Cervantes**



DESTINO

El chico  
de las  
bobinas

Pere  
Cervantes

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1496

© Pere Cervantes, 2020

© Editorial Planeta, S. A. (2020)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
www.edestino.es  
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-233-5717-8  
Depósito legal: B 1.921-2020  
Impreso por Black Print  
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

*Barcelona, agosto de 1945*

En el silencio de una madre el amor siempre vence a la verdad. Porque es justo ahí, en esa mudez preñada de miedos y anhelos, donde hallará el lugar en el que se permite soñar, el refugio en el que protegerse de las tinieblas, alentar una infancia podada y encajar los años arrebatados por una guerra.

Aquella mañana rebozada de calima y humedad, Nil se despertó ilusionado con la promesa de tomarse una gaseosa con Tarzán y Jane, apartado del sueño tenaz que lo perturbaba desde hacía años. Ese en el que su padre gritaba su nombre con desesperación desde una celda de muros desconchados y teñidos de sangre mientras suplicaba a una presencia desconocida que no le hiciera más daño.

Al tiempo que las primeras luces se adueñaban del menudo comedor, y ajena a la presencia de su hijo, Soledad buceaba entre libros de contabilidad de la carpintería regentada por Joan Romagosa, responsable del mísero sueldo que entraba en el hogar. Estraperlos, remiendos y otros negocios aparte. Si

había un momento del día en el que ella esbozaba una sonrisa sincera, era aquel. Como si agradeciera a un ser superior poder estar junto a su hijo un día más, que nadie se lo arrebatara como sí habían hecho con la pequeña Rosa. Nil besó a su madre con la sinceridad con la que lo hace un niño que todavía no es un hombre y se lanzó entusiasmado a hincarle el diente a la tostada de pan que había en la mesa.

—Feliz cumpleaños, mi niño —dijo Soledad.

Estrujó a Nil entre sus brazos para después salir disparada a abrir el cajón del único mueble que decoraba la estancia principal. Habían quemado los que faltaban para ahuyentar el frío del último invierno. Un objeto redondo del diámetro de una paellera y envuelto en papel de estraza arrancó la sonrisa del pequeño.

—Ya sé lo que es.

Cuando Nil se dispuso a desenvolver el regalo, su madre se ofreció a ayudarlo en la tarea. El muchacho respondió al ofrecimiento con una mirada condescendiente. El mismo muñón que durante el invierno adelgazaba la manga de las cazadoras, en verano lucía lustroso, con una serena indiferencia por parte de su propietario. Nil mostró una vez más la habilidad adquirida con su mano diestra: en el tiempo que le habría llevado a su madre cumplir con el cometido, el chico logró liberar el presente del papel que lo envolvía. El rostro se le iluminó frente a la bobina de película que descansaba sobre la mesa.

—Ha sido cosa de Bernardo —dijo Soledad ajustándose la bata que siempre la acompañaba en aquellas horas matutinas, sin importar la estación

del año—. Es una película prohibida que tal vez nunca se vea en España. Se llama *El gran dictador*.

—¿Y de dónde la ha sacado?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

El muchacho se detuvo ante la bobina, y vencido por un pensamiento repentino no pudo evitar que su mirada cayera sobre la silla vacía, esa en la que únicamente se sentaba un recuerdo, una ausencia doliente que a pesar del tiempo transcurrido no remitía. «Otro cumpleaños sin papá», pensó con la voz estrangulada. Soledad tomó aire, y hastiada de no saber decirle cuándo regresaría su padre, optó por dejar anidar las emociones en su piel. Aquella era una decisión fruto del dolor, arrastrada por su propia inercia y convertida ya en costumbre. Y las costumbres, aunque pierdan su vigor, tienen una muerte lenta.

—Anda, ve a desayunar.

Nil obedeció a su madre, no sin antes regalar una caricia a la bobina que albergaba una prohibición. La miró con expectación y respeto.

—¿La partimos? —propuso Nil sosteniendo con una mano la tostada de pan. Un estallido de sol se colaba por la ventana del balcón.

En aquellos años todos tenían hambre. Comer poco, tener miedo y sufrir mucho eran los males comunes que azotaban la ciudad. Eran días en los que una madre ponía su tiempo y sus sueños en la mesa y terminaba repartiéndolos entre las bocas que había que alimentar, como hacía con el escaso pan y los temores todavía latentes. Le sirvió a su hijo un vaso de leche templada rebajada con agua y tomó asiento

frente a él, contemplándolo embobada. A pesar de que Nil siempre lo había sabido, ella jamás le dijo lo mucho que le gustaba observar cómo se entregaba a las tareas ordinarias, envuelto por ese candor que ella sentía tan lejano.

—El señor Romagosa está cada día más viejo —anunció Soledad con la voz cansada, todavía de pie y con los brazos cruzados—. Y la verdad, no sé qué vamos a hacer si me quedo sin trabajo, Nil.

—Puedo dejar el colegio y ser ciclista de ocho cines a la vez —exclamó el muchacho mientras ella recogía la mesa y se marchaba abatida y sigilosa camino de la habitación que compartían.

No pasaba por su cabeza que fuese su hijo quien tuviera que mantener la economía doméstica a flote. Sin embargo a Nil le pareció una idea fantástica eso de dedicarse a repartir bobinas de películas no solo los fines de semana, y sobre todo abandonar ese edificio burgués y siniestro que era la Escuela Pía, donde los curas, en lugar de saludarlo, le ofrecían la mano para que se la besara. No fueron pocas las veces que Nil hubiera preferido mordérsela. Aquel comportamiento de los curas, que a él le arrancaba una sonrisa, era recibido por aquellos como un gesto de sumisión y buen hacer que a la postre le evitaba más de una arenga franquista. Nunca entendió que Dios hubiera claudicado en su puesto y los dejara en manos de aquel general de talla corta que le había arrebatado a su padre.

—Dicen que soy uno de los mejores.

Soledad ignoró el comentario de su hijo y lo obligó a repasar mentalmente los deberes, que se habían

convertido en una suerte de dogma, igual que las advertencias fruto de la desconfianza que se respiraba en la ciudad: «No hables con extraños, ni hables de tu padre. No dejes que nadie entre en casa y no te metas en líos. Ya sabes que los líos empiezan por la boca». Esas simples órdenes más la obligación de acudir con la cartilla de racionamiento al colmado Breda y la de visitar a Jacinto el zapatero para que reforzara por cuarta vez la suela de sus botas eran los deberes que su madre le había confiado aquel sábado que se antojaba especial.

Un instante después de que Soledad acudiera puntual a la carpintería, Bernardo Mas, buen vecino de escalera, amigo de la familia y proyeccionista en salas de cine, reclamó la atención de Nil dejando caer la aldaba de la puerta con un repique, tal y como ambos tenían pactado a modo de santo y seña.

—Feliz cumpleaños, muchacho, mira —dijo Bernardo con una sonrisa de oreja a oreja al tiempo que señalaba una noticia de *La Vanguardia Española* resaltada con un círculo rojo.

«La guerra ha terminado en Asia.»

—Pero eso está muy lejos, Bernardo.

—Sí, pero ahora los americanos podrán dedicarse a lo que de verdad saben hacer, que es esto.

Bernardo desplegó un cartel de cine que extrajo del bolsillo del pantalón. John Wayne, con sombrero y sosteniendo un revólver con la mano, presidía la estampa. Nil lo contempló con admiración y hasta llegó a acariciar la efigie del que era uno de sus ídolos.

—¿Es o no es el mejor? —le preguntó Bernardo.



—A mí me gusta más Tarzán.

—Entonces, ¿no quieres ver *La diligencia*?

El muchacho negó con la cabeza en cuanto leyó el nombre de la sala de cine en la que se proyectaba.

—No pienso volver a pisar el cine Coliseum en mi vida —afirmó Nil tajante sin dejar de acariciarse el muñón bajo la empática mirada de Bernardo.

Una rabia contenida persistía en sus entrañas. Barcelona estaba atestada de rincones impregnados de sangre y dolor, y él jamás confundiría el cierre de las heridas con el olvido.

—Ya contaba con ello, muchachote. ¿Acaso he dicho que iremos allí? —Le guiñó el ojo bueno, el que no miraba para todos lados como una canica juguetona—. ¿Sabes que no hay nadie en este país que tenga esa bobina? —dijo al fin para destensar el instante, señalando el regalo que descansaba en la mesa, y Nil se acercó a ella embelesado.

Bernardo acariciaba el medio siglo, ostentaba una altura intimidatoria, anchas espaldas y una voz grave e intensa que no casaba con el gesto bobalicón, que junto a su labio belfo le confería esa etiqueta popular de buena persona. Fuera enero o pleno agosto, siempre llevaba su cabeza lunar protegida por una boina de pana y solo se afeitaba una vez por semana. Vivía encima de Nil y compartía piso y alcoba con Paulino Blanch, el acomodador amanerado del cine América, de su misma edad, aunque nadie lo diría atendiendo a esa piel tersa que muchas vecinas envidiaban. Puede que a Paulino no le llegara el sueldo para comer un chusco de pan y bacalao, pero por donde pasaba podía seguirse el rastro del incon-

fundible olor a Varon Dandy. Paulino era un tipo reservado que afectaba una educación impropia del Poble-Sec. En lo que respecta a Bernardo, amaba el cine y los carajillos por igual, y se mostraba locuaz desde el instante en el que se levantaba de la cama hasta que regresaba a ella.

—¿Qué hay de tu promesa? —le recordó Nil.

Bernardo levantó la mirada, alzó las pestañas y escarbó en su memoria. A pesar del esfuerzo no halló nada, y al gesto de decepción de Nil le siguió uno suyo de intranquilidad.

—Todos los mayores sois iguales —lamentó el muchacho enfurruñado.

Bernardo no podía creer que el chico no estuviera contento con la promesa de ver a John Wayne y *El gran dictador* en un futuro inminente. Pero hizo algo que nadie hacía por Nil en aquella época, que no era otra cosa que ponerse en su lugar. Solo entonces reparó en que la masculinidad del vaquero no podía pugnar con los héroes de un niño de trece años.

—Acabáramos —dedujo finalmente—. Tarzán y Jane, ¿es eso? Pero vamos a ver, bendito, ¿alguna vez este cuerpo serrano, inspirador de suspiros allí por donde pisa, ha faltado a una promesa?

Nil negó con la cabeza, conteniendo una risa que por orgullo no permitió que asomara.

—Hagamos una cosa —convino Bernardo—. Ahora mismo me voy al cine a preparar la sesión matinal y a alegrarle la mañana a Carmina la taquillera, y sobre la una, poco antes de comer, me recoges. Te doy mi palabra.